

XXXV

14 de Febrero.

Allá va otra.

De seis ó siete versiones recogidas en el Casino, elijo la que tiene más prosélitos. Orozco es eliminado de esta hipótesis, y no figura para nada en el crimen. En cambio, aparece otro personaje que nadie sabe quién es: un segundo amante de la desgraciada Augusta. Cómo se determina la participación en el drama de este nuevo elemento, es cosa que cada cual explica á su modo, con criterios y puntos de vista originalísimos. Algunos atestiguan y refieren el lance como si lo hubieran visto. Uno de los presentes sostiene que Augusta entró en la casa con el desconocido á eso de las nueve y media. Las once serían cuando entró Federico. «¿Pero usted le vió?» A esta pregunta te contestan: «Yo no le ví; pero me lo ha contado Vargas.» Cuando llega el llamado Vargas, que es un *sportman* y *ciclista* muy conocido, se le interroga con toda solemnidad; pero resulta que él no vió nada, sino que se lo dijo un amigo, capitán de infantería, el cual se marchó ayer á las Baleares. ¡Alabado sea Dios! Danme ganas, querido Equis, de ponerme en marcha inmediatamente para Mallorca, á fin de evacuar esta cita.

Pero lo pienso mejor, y me quedo. Lo referido á Vargas por su amigo es que la señora (falta averiguar si el tal capitán la conoce, ó si, habiendo visto entrar en la casa á otra mujer, da en creer de buena fe que era la persona de quien tanto se habla hoy) llegó en coche simón con un sujeto, del cual no puede decir sino que tenía barba larga y rubia. «¿Era alto?—Más bien alto que bajo... bien vestido.» En seguida empieza la tarea sabrosa de personalizar este dato, y unos en serio, otros en broma, le cuelgan el muerto á varias personas conocidas, entre ellas á tu amigo Bueno de Guzmán, el cual no vuelve de su asombro al encontrarse con que es la auténtica *tía Javiera* del asesinato de Federico. Bromas aparte, esta versión la tienen muchos por aceptable, y alguien la cree como el Evangelio. Varían las apreciaciones respecto al desconocido: quién le tiene por caballero ó persona de nuestra clase, quién por hombre ordinario. Un primito de Villalonga, de éstos que, cuando se habla de acontecimientos misteriosos, se pirran por ser á todo trance testigos presenciales, jura y perjura que hace dos semanas próximamente, á eso de las once de la noche, vió á la de Orozco por calles extraviadas de Chamberí paseando del brazo de un hombrochón que no le pareció caballero. *Por cierto que le chocó.* Da las señas: alto, fuerte, con barba rubia y larga, ropa holgada y de feo corte, aspecto extranjero, como de maquinista ó jefe de alguna industria. En fin, ya puedes figurarte lo que vería el muy lince. Primero se deja matar que sufrir el desaire de no haber visto alguna cosita.

Y qué, ¿erees tú esto? Yo no lo acepto, ni en absoluto lo rechazo, pues la misma confusión en que estoy me obliga á admitir todo lo humanamente probable, y á no poner puertas al campo inmenso de la fragilidad femenina. Anoche pensé bastante en el hombre misterioso y barbudo, alto, grueso, como le describió aquel demonio de chico. Francamente, no caigo en quién pueda ser. Casi, casi me decido á eliminarle, como un fantasma intruso, de la serie de hipótesis razonables.

Pues verás ahora la más salada. En casa de la de San Salomó hay paráfrasis para todos los gustos. Pero la marquesa tiene una suya, que no confía sino á ciertos amigos de mucha confianza, siempre con la nota marginal de que lo sabe por el conducto más fidedigno. Te transmito el dicharacho de la ilustre dama sin quitar punto ni coma: «Pues yo sé la verdad, la pura verdad. Crea usted que esto es lo auténtico. Se lo diré á usted si me promete guardar el secreto, y le advierto que la persona que me lo ha dicho lo sabe... vamos, lo sabe como si lo hubiera presenciado. Ni Orozco ni hombre alguno tienen culpabilidad. Ella, ella fué quien le mató por celos de la Peri. Hace días que venfan las cosas muy tirantes: cada cita era un altercado. No, no lo dude usted, que esto es como el Evangelio. Se sabe dónde compró el revólver; se sabe que á un amigo futimo (que no puedo nombrar... usted considere) le confió su propósito de matar á Fritz. Pero qué, ¿no cree usted en las mujeres que matan? Aquella noche fué grande la marimorena. Augusta disparó, y le atravesó el hígado, y el estómago, y el

espinazo, y la vejiga, y no sé qué. Salió el pobrecito y fué á caer en el sitio donde le encontraron.

—Pero, señora, ¿y la herida en la frente, que es la mortal de necesidad?—objetan todos los que oyen versión tan chabacana.

—No hay tal herida en la frente—responde imperturbable la marquesa.—Es usted un cándido y un tragabolas. El forense, el mismo forense (bajando mucho la voz) ha dicho á un amigo mío, á quien no he de nombrar, que no había tal herida, y que eso se puso en el informe pericial para dar por probado el suicidio. Créame: lo que le cuento á usted es lo que pasó... ¡Ah! el enderezar este entuerto les cuesta un pico á Orozco y á don Carlos.

—Pero, señora, permítame usted que ponga en duda...

—De incrédulos está el infierno lleno... Digo lo que sé, y sólo añadido, amigo Tal, que esto se queda entre usted y yo. No vayamos ahora pregonándolo por ahí. Pero créalo... créalo y cálese.»

Esto me lo contó el *Catón ultramarino*, el cual ni lo creía ni callaba, y por su cuenta y riesgo, después de oír á *tirios* y *tróyanos*, dióme también su versioncita. Orozco sorprende á los amantes... (se da por supuesto que no hubo tal viaje á las Charcas); Augusta se echa á los pies de su marido y le pide perdón. ¡Ah, oh! Federico, siempre orgulloso, desafia al marido. ¡Oh, ah! Este saca un revólver, y alargándoselo al otro, le dice: «No, aquí quien debe morir eres tú. Si hay en tu alma una chispa de sentimiento del honor, ya sabes lo que tienes que hacer.» Al otro le parece la fra-

terna muy puesta en razón, coge el arma, y *pim, pum...*

¿Querrás creer, Equisillo, que no dormí en toda la noche, pensando en esta interpretación, en la cual veía no sé qué lejanos vislumbres de certeza? Pues aguardate un poco. Hoy por la mañana salí decidido á comprobar la coartada de Tomás; bajéme á la estación del Norte, y con el testimonio del jefe, de varios empleados y del inspector de la Sección, puedo afirmar, sin ningún género de duda, que Orozco y Malibrán estuvieron en las Charcas toda la noche del 1.º al 2 de Febrero. Como que el inspector les acompañó, y cenaron juntos, y estuvieron charlando hasta las doce, hora en que se acostaron los tres, en una misma habitación por más señas, pues los alojamientos en aquella finca dejan mucho que desear. El inspector me merece crédito. Mas no satisfecho aún, cojo el tren, me planto en las Charcas, y compruebo aquel testimonio con los del jefe de las Zorreras, de los guardas del monte y de la mujer que tienen allí para hacer la comida á los cazadores. En fin, chico, que la coartada de Orozco es un hecho incontestable, y que probándola he quitado al problema un gran elemento de confusión.

Más noticias. En los corrillos del Congreso, á donde voy ahora lo menos posible, también he oído cada catálogo que canta el misterio. No te lo cuento para no trasladar á tu cabeza la olla de grillos que tengo yo dentro de la mía. Joaquín Pez me dijo hoy con mucho sigilo: «Tengo un gran dato, amigo Infante, que arroja mucha luz. Me ha dicho el marido de la sobrina de la nuera

del forense... ya ve usted que el conducto no puede ser mejor... me ha dicho que, comiendo ayer el forense en casa del hermano de la cuñada de su primo, dijo esto: «la herida del costado es de homicidio; la de la frente de suicidio.»

—No es mal dato—le contesté,—si resulta cierto. Mas para comprobarlo, necesitamos recorrer ese laberíntico rosario de la nuera del hermano del tío de la sobrina. . Verá usted, amigo Pez, cómo, al llegar al forense, resulta que el buen señor no ha dicho esta boca es mía.»

Esta y otras especies corren por allí, cuando no hay asuntos más graves de qué tratar. Los periodistas, justo es decirlo, si son los más fecundos en combinaciones novelescas, parecen haberse propuesto no lastimar á la familia Orozco. Si el *reportismo* y la fiebre de la noticia les inducen comunmente á explotar cualquier asunto que dé saborete y picor de escándalo al papel de la mañana ó de la tarde, basta una indicación amistosa hecha en estos pasillos, para poner coto á las reticencias contra personas respetables, sobre todo si éstas son de las que, por no mezclarse en política, están libres de odios personales ó colectivos. Por tal medio, fácil ha sido conseguir que los nombres no aparezcan en letras de molde. Esto no significa que los estragos de la opinión no sean grandes, porque al barullo anónimo de la prensa se une el *reportismo* oral, que es más difusivo, más penetrante, y tiene entre nosotros increíble fuerza. La cháchara verbal destruye las reputaciones privadas y públicas más pronto y más eficazmente que la cháchara escrita... Antes que se me olvide: un periodista me

reprodujo esta noche la opinión aquélla del forense sobre la naturaleza de las heridas; pero á la inversa de como me la transmitió Joaquín Pez, es decir, que la herida de la frente era de homicidio, la del costado de suicidio. Respecto al origen de la noticia, diómela por auténtica y autorizada á no poder más. Lo había oído él mismo, la noche anterior, en la tertulia de no sé qué ministro, de boca de un respetable sujeto de la curia. Con que ve tomando notas, y acaba de volverte loco como tu corresponsal y amigo.

El cual anda ahora tan sin brújula, que no sabe por dónde va, ni se entera de lo que ocurre en las filas parlamentarias. ¿Querrás creer que estos días ha votado el buen Infante no sé cuántas leyes, y ha dicho sí ó no en multitud de resoluciones, sin tener conciencia clara de sus actos legislativos?... Soy un simple número, una energía mecánica, inconsciente; voy con la masa, á donde la masa va. En mi oído suena el run-run de las votaciones, y presiento que hemos hecho la dicha del país con leyes como la de Enjuiciamiento criminal, y las de Acuñación de plata, del Trabajo de los niños en las fábricas, de Rectificación de listas electorales, etc... ítem más con multitud de ferrocarriles que raudos cruzarán el patrio suelo en todas direcciones. Me convenzo, por lo que oigo decir, de que he votado todas estas cosas tan buenas, y estoy dispuesto á votar la transubstanciación del Verbo si me la ponen delante. No me pidas cuenta de nada, ni aun del olvido en que tengo los asuntos del infame distrito. Si murmuran de mí en esa tierra de maldición, hazme el favor de decirles que ahí me

las den todas. Les odio con toda mi alma, y deseo que el cielo les aflija con mil calamidades, sequías, riadas, pedriscos y ciclones, y un terremoto de añadidura; que no quede en pie ni casa ni árbol; que pasen á mejor vida todas las reses, incluso los caciques del pueblo, y que la tierra sea infecunda y no produzca ni un solo ajo. Abur.

XXXVI

16 de Febrero.

He aquí que me presento en casa de la Peri, con ánimo de tener con ella la conferencia que vivamente deseo.

Y la hechicera quiere echarme las cartas, rasgando con su dedo de rosa el denso velo del porvenir... ¡atiza! Mas yo se lo quito de la cabeza, abordando el asunto que me hace penetrar en aquel mágico santuario de la... permíteme que no acabe la frase.

Y Leonorilla pone unos morros muy... no sé cómo, apresurándose á variar la conversación. Y he aquí que, burla burlando, cuéntame que ha reñido con el malagueño pollo, de rizada crencha, y echádole de su casa por las escaleras abajo. Es un chulapo, un indecente, un marica y un qué sé yo cuántos. Alabo su juiciosa resolución, añadiendo que el tal mancebo me es

bastante antipático, y que ella se merece más, mucho más, por su buen corazón y sus sentimientos hidalgos y generosos. No recuerdo bien si dije lo de hidalgos y generosos; pero algo así, ó poco menos, fué lo que brotó de mis autorizados labios.

Perdona la falta de formalidad con que te escribo; pero mi espíritu se inclina ya á tomar en broma todos los asuntos y á hacer chacota de lo más grave, porque no hallando juicio ni seriedad en parte alguna, las ideas se me vuelven chirigotas, y las rigideces de mi voluntad se convierten en dislocaciones de payaso.

Pues he aquí que, á poco de interrogar á la Peri, me encuentro su sinceridad tapiada á piedra y barro. No es la misma mujer que ví días antes; ahora es toda reserva, medias palabras, y una discreción bien poco en armonía con su oficio. Total, que Leonor no sabe jota; le falta poco para decirte que no conoció á Federico. Se ha vuelto completamente ignorante de lo que éste hizo en los días que precedieron al crimen. No le consta que ganara ni que perdiera al juego; no le consta que tuviera amores con ésta ó la otra dama; no se ha enterado de cosa alguna, ni hay medio de arrancar á su bonita boca una sola frase que ilustre el asunto. Excuso decirte que observar esto y desilusionarme de ella, fué todo uno; más claro, que en un instante se me borró del espíritu la fascinación que me había producido su fidelidad hacia el pobre muerto, y el sentimiento que mostrara el triste día de la autopsia. Aquí tienes cómo se desvanece una pasión, nacida tan de improviso, y de improviso

trocada en desvío, suspicacia, lástima ó no sé qué.

Pero espérate, que falta lo mejor. En ella se determinó el fenómeno contrario; quiero decir, que en el momento en que yo me apagaba, como luz á la cual se da un soplo, ella se encendía súbitamente, como si la llama pasara de mi sér al suyo por arte milagroso. Vamos, que le estaba yo haciendo tilín, un tilín tremendo, según me manifestaron sus ojos flecheros y sus actitudes insinuantes. En fin, que á la media hora de conferencia empezó á hacerme cucamonas, y yo, frío y completamente desilusionado, dí en dejarme querer, imaginando que por aquel camino podría romper la reserva en que la muy bribona se había encerrado, metiéndose también á diplomática.

Las garatusas iban en *crescendo* alarmante: díjome que soy muy simpático, que se le alegra el alma cuando me ve, y que le da el corazón que íbamos á ser amigos, pero muy amigos. Yo apoyé estas enamoradas razones, y en la confianza que rápidamente se estableció entre nosotros, pude obtener algún indicio de su cambio de conducta. «Mira, monín—me dijo tuteándome ya y tirándome de las orejas,—yo no me meto con la justicia. Desde el momento en que han querido liarme á mí también en esa muerte, me he plantado, chico, y ya no sé nada, ni estoy en autos de lo que aquél hacía ó dejaba de hacer. En fin, que no toco pito, ¿sabes? Eso le dije á ese tío de juez, y eso te digo á tí, que también andas por ahí buscándole tres pies al gato. Si quieres que seamos amigos, echemos tierra, mucha tierra. El pobrecito está en la sepultura, y de allí no le

han de sacar tus diligencias, ni las más, ni las de nadie. Hoy le he mandado decir cuatro misas: créete, eso es lo que ha de valerle para la otra vida, y no las averiguaciones en ésta. Que si fué suicidio, que si no; que si le mató tal ó cual mano... Mira, nada importa esto para su alma, que debe de estar ahora en el Purgatorio por ciertos pecadillos; aunque yo pienso que la soltarán pronto, pues era bueno y leal como ninguno, más honrado que el sol, y caballero hasta por encima de la coronilla. Créeme á mí y déjale ya en paz al pobrecito.»

Se conmovió un poco al recordar á su amigo, añadiendo con dolorido acento que otro como aquél no volvería á tener en su vida. Esto picó mi amor propio, y me propuse para la vacante de aquella amistad, que se me pintaba como tan acendrada y pura. Leonor rechazó la propuesta, dándome á entender que Federico era insustituible; que siendo yo muy bueno, no concurrían en mí las circunstancias especialísimas que hicieron de la amistad del otro un lazo ininteligible para los que no estaban en el secreto.

Por más empeño que puse, ya fingiendo cariño, ya recurriendo á mil arbitrios dialécticos, no conseguí que me explicase qué clase de relaciones ó tratos constitufan aquella amistad. En este punto su reserva fué impenetrable, y no vacilo en reconocerlo, tenía ciertos asomos de dignidad, impropios de su vida relajada. Púsose muy seria, y examinó muy detenidamente sus rosadas uñas, para decirme: «Siento haberte hablado algo de esto, y si pudiera recogerlo lo recogería, como hacen los de las Cortes cuando se les escapa una

barbaridad. Lo que pasaba entre Federico y yo es cosa *particular* nuestra, tan *particular*, que si quieres que yo te quiera, has de coserte la boquita y no hacerme preguntas, porque te planto en la calle, como he plantado á ese puerco del pollo malagueño, que maldito sea y toda su casta.»

¿Qué te parece? Lo peor del caso es que no puede uno menos de respetar estas delicadezas... *particulares*, que tal vez tienen un origen espiritual y elevado. ¿Crearás que, hablando de ello, mi impresionabilidad hizo de las suyas, y volví á ilusionarme unas miajas con la persona física y moral de aquella mágica hembra? Entre mil cosas que dijo, hubo una que me dejó pasmado. «Y no te creas que le vas á sustituir, porque te juro por estas cruces que el vacío que ha dejado aquí en mi alma aquel buen amigo, no se llenará jamás, aunque yo viva cien mil años y medio, porque no ha nacido el hombre que lo pueda llenar. Con que ya lo sabes, y basta de matemáticas.

—De modo—le dije entre risueño y meditabundo,—que cuando yo pensaba que venía á heredar al pobre Federico, resulta que heredo...

—A ese mequetrefe, á ese lameplatos, á ese gatera—replicó sin dejarme concluir.—Ya ves si soy franca. Yo pongo todo el corazón en la boca, y enseño todo mi natural, todo, todo, menos una parte que se me queda dentro. Soy yo muy desfachatada, muy abierta, muy frescota; pero también muy *acá para mí*. Entrego al que *habla conmigo* las llaves todas de mi natural, menos la de un cuartito reservado, que ya no se volverá á abrir, porque se mudó el inquilino. ¿Estás en lo

que te digo? Eres ahora mi caprichito; me gustas; te quiero; me haces ilusión. Durará dos meses, tres, un año; puede que menos, puede que sólo dure ocho días; pero si me quieres, si te gusto, tómame tal como soy. El día que me canse te lo diré. Yo no sé fingir. Ahora me da por echar-te los brazos; mañana te pegaré una coz. No te rías: doy coces cuando me abito de un hombre, y al pollo le eché á la escalera, dándole así, con el pie para atrás, hasta que se me quitó de delante.»

Hágome cargo de tu asombro al leer estas tonterías. No creas que quito ni pongo nada. Estaba monísima la tunanta aquélla, que no por ser quien es, deja de tener en su carácter algo que admirar debemos, aunque uno se proponga no admirar nada, salvo la belleza corpórea, tratándose de hembras de tal clase. Verás ahora el complemento de la escena de ayer, que quisiera referirte con todos sus pormenores, por la lección que encierra y los horizontes que abre al conocimiento de las cosas humanas. Al pasar de la sala al gabinete, ¡oh sorpresa! me veo colgado de la pared un soberbio tapiz. Al punto se me iluminó la mente, y lo reconocí; ¿pues no había de reconocerlo?

«¡Ah! bribona, ya te has caído—le dije abrazándola por el cuello, mientras ella me abrazaba por la cintura.—Ya te cogí. Ese tapiz te lo ha dado mi padrino. Si lo conozco, si lo he visto allí mil veces. Es flamenco, cartón de Rubens ó Jordaens, y de los repetidos, que él guarda para sus cambalaches. No me lo niegues: te lo ha dado en pago de tu silencio, quizás para que prestes una

declaración falsa, asegurando al juez que Federico perdió grandes cantidades á la ruleta en los días anteriores á su muerte. Vamos, confiésemelo todo. ¿Somos ó no amigos? Ello ha de quedar entre nosotros.»

¿Cómo había de negármelo? Ni siquiera lo intentó. Desconcertada primero ante mi brusca interpelación, pues ya no se acordaba del tapiz, pronto se echó á reir, confirmando con cuatro palabras lo que yo expresé, no sin añadir algunas explicaciones.

«Me lo dió Cisneritos, es cierto... Ya sabes que es mi amigo desde que tomé la alternativa. Yo se lo había pedido muchas veces, y siempre me lo negaba el muy perro. Pero estos días... Te contaré: lo que él quiere es que yo me calle, no que declare eso que tú supones. Al juez le dije que no sabía una palabra. Porque verás... si yo hubiera boqueado más de la cuenta, podría armar un lío de mil demonios. ¿Pero qué se saca de deshonar á una familia respetable? Hazte cargo. Lo que quiero es que me dejen tranquila, y no me traigan ni me lleven. Te diré otra cosa: Cisneros pensaba que yo tenía cartas de Federico ó papeles de compromiso para alguien... Le traje aquí para que viera que no hay nada. Me registró todos los muebles como un celoso. En fin, que ese viejo marrullero me estuvo mareando dos días, y yo le dije, digo: «Ahora sí que me he ganado el tapiz.» Vamos, que me lo dió, á condición de que me volviera muda, y no declarara en substancia cosa ninguna, guardándome mucho de esos trompeteros de periodistas. ¡Qué odio les tienes! Pues, la verdad, yo, como todo el mundo,

me había compuesto mi novelona para embocársela á los de mi tertulia.

—¿Y cuál era tu novela?

—Pues que se mató él mismo delante de tu prima, porque descubrió que ella se la pegaba con Malibrán.

—¡Jesús!

—Francamente, como en casa de la San Salomó contaban que ella le había matado por celos de mí, yo me abronqué y dije: pues antes que me envuelvan, voy á salir yo también con mi romance de ciego. A todo el que venía aquí se lo encajaba, y tan fresca... Súpolo Cisneros, me mandó llamar y me dijo, dice: «Chica, ¿qué haces? Mira que si te descuidas te mando á presidio.» Me asusté; faltóme poco para llorar. En fin, que le prometí no mentar más el crimen y plantarme en que yo no sé nada. Total: que con esto y algo más, me gané el tapiz.»

Tales declaraciones, á pesar del acento de sinceridad con que Leonor las hacía, me parecieron, si no falsas, incompletas. La pícara me decía una parte no más de la verdad, la menos importante tal vez. Incansable yo en mi plan investigador, puse cerco á sus camándulas, redoblé mis zalamerías, ensanché todo lo que pude el campo de la confianza, y por fin hoy, transcurrido un día de estas fáciles relaciones, he logrado arrancarle aquella otra parte de la verdad que me escamoteaba. Vas á saberla.

Cisneros le propuso declarar ante el juez que Federico había estado en su casa el mismo día 1.º de Febrero por la mañana, angustiadísimo, y le había dicho: «Si no encuentro de aquí á la

noche determinada cantidad, me pego un tiro.»

«Tanto y tanto me predicó ese viejo zorro —añadió Leonor,— haciéndome ver que con estas mentirijillas no perjudicaba á nadie y podía hacer mucho bien, que cedí... Claro, no perjudicando... ¿qué importaba...? ¡Ahl también quería que dijese que Federico me pidió dinero á mí, y yo no se lo quise dar... A esto me resistía; pero, chico, el tapiz se me había montado entre ceja y ceja... Era un antojo, y soy temible cuando me encapricho por algo... Hicimos nuestro trato, y punto concluído... Pero no sabes lo más salado, y es que me porté cochinemente con Cisneritos. Cuando me encontré delante del juez, entráronme remordimientos, y pensé que si decía lo que me mandó el vejete, arrojaba una mancha sobre el buen nombre de mi amigo querido, el número uno de los caballeros de Madrid... Nada, nada, que se me resistía declarar aquellas papas... yo soy así. El escribano me hizo muchas eucamonas, y el secretario me dijo mil porquerías, y entre todos me estuvieron mareando un rato. Pues, chico, me atufé y me dió la santísima gana de no soltar prenda: que yo no sabía una palabra, que no había visto al *interfecto*, que no me constaba si ganaba ó perdía. Allá escribieron todito lo que dije, firmé y á vivir... Tú dirás que me porté mal con don Carlos, y que debía devolverle el tapiz... Pero ya ves: era una indecencia que yo dijese de Federico cosas que le ponen en mal lugar. Vamos, que me acordaba de él, y los ojos se me llenaban de lágrimas. Yo tengo todos los defectos, todos, menos el de la ingratitud... El pobrecito fué siempre muy bueno para mí. ¡Cómo había

yo de...! Verdad que no cumpliendo con Cisneros, debía decirle: «Tome usted su arrastrado tapiz, que yo soy más persona decente de lo que usted se piensa...» Pero sobre que no tuve alma para devolver el regalo, ¿no te parece á tí que es justo jugarle una partida serrana á ese tío, más malo que el no comer?... Y bastante favor le hago callando, ¡digo! Mi *no sé nada*, mi *no he visto nada* valen bien, no digo yo un tapiz, sino media docena.»

¿Qué te parece? ¿No es verdad que este rasgo pinta una persona? ¿No ves á Leonor enterita con sólo la relación de un acto suyo? Lo único que me resta decirte acerca de esta gitana, cuyos desplantes abomino á veces, y á veces no puedo menos de admirar; es que mis habilidades para saber algo más fueron de todo punto inútiles. No me han valido mimos ni triquiñuelas capciosas para obtener de la chavala algún indicio de la clase de conexiones que con Viera tuvo. Ignoro si seré más afortunado en lo sucesivo; pero no sé por qué se me figura que cuando ésta se planta, no valen contra ella ni aguijonazos ni palmaditas. Plantada se queda, y hay que matarla ó dejarla.

Allá va otro detalle que, si nada tiene que ver con el asunto principal, merece consignarse para regocijo tuyo y mío; que viene bien un poco de sainete entre estas seriedades fúnebres y curialescas. Estábamos Leonor y yo conversando íntimamente, en el mayor abandono y confianza posibles, cuando sonó la campanilla; oí ruidos de voces, y la doncella entró muy sofocada en el gabinete anunciándonos que el pollo malagueño se

había presentado en actitud hostil y camorrista. Habías de ver á la Peri saltar en paños que más que menores debieran llamarse mínimos, y agarrar una zapatilla, arma que, según dijo, le bastaba y le sobraba para poner en vergonzosa fuga al invasor. «Verás, verás qué pronto le despacho—me dijo risueña y nerviosa, sin acertar á meter los brazos en las mangas de la bata.—No le puedo ver... ¡Indecente, gandul, canalla...!» Salió en medias, pantufla en mano, y sentí luego un gran vocerío; mas no me pareció que sonaban zapatazos. A poco volvió Leonor, y riendo me dijo: «¡Pobrecillo, está muerto de hambrel! Es preciso que coma, al menos.» Metió sus dedos, de rosadas uñas, en el bolsillo de mi chaleco, y me sacó cinco duros, que por conducto de la criada pasaron á las necesitadas manos del moicito aquél, de lánguidos ojos. Al hacerle la limosna, la gitana le mandó este cariñoso recado: «Dale eso para que coma, y dile que aquí no venga más, porque estoy de él por encima de los pelos, y que vaya á que le mantenga el Nuncio.»

¿Y qué dices tú ahora de mis depravaciones, de mi caída en la profunda ciénaga del vicio, *do se anidan* (¡atizal) todas las sierpes venenosas que destruyen el alma... y el cuerpo? Haz el favor de no llevarte las manos á la veneranda cabeza. No hay tal vicio ni cosa que lo valga. Es la vida, chico; el desenvolvimiento biológico dentro del medio social... Vamos, si esto no es filosofía, que venga el diablo y lo vea.

XXXVII

17 de Febrero.

Evangelio del día, *secundum Villalonga*. Este astuto vividor, bulle-bulle de la política, que es en él pasión y oficio, se ha vuelto de poco acá hombre de orden. Su lengua de hacha, que antes convertía en leña las reputaciones más sólidas si se le interponían en su camino, ahora es una lengüecita muy enguatada, y más lamedora que cortante. Aspira el tal á ocupar un puesto en la situación, y ya no muerde sino cuando se le amortiguan las esperanzas de la senaduría vitalicia. En estos días parece que la cosa va bien, y el hombre es de lo más razonable, de lo más sensato que imaginarte puedes.

Truena contra los calumniadores, y dice que esta tendencia á enlodar los nombres más respetables es un síntoma de desquiciamiento social. Cuando pone el paño al púlpito, nos refomos, porque parece que está refutando todo lo que en veinte años ha dicho y hecho. Pues si le quieren ver desbocado, que le toquen á la familia Orozco. Algo esperará de ella sin duda, ó algún favor hay de por medio. Oye su versión: «La muerte de Federico no ha sido más que el vulgarísimo final de una pendencia de garito. Como todo vicioso estragado, como el borracho que no encuentra

bastante fuerte ningún licor, y cada día los apetecete más ardientes, Federico no se satisfacía ya con las emociones de las timbas establecidas en círculos elegantes, y frecuentaba garitos innobles... ¡Si esto se puede probar el día que se quiera! — dice Villalonga á todo el que le quiere oír. Prosigue su informe jurídico, asegurando que un amigo suyo le vió salir con otro sujeto de una casa de juego de malísima traza, á eso de las diez y media de la noche del 1.º, y que en actitud de querrela se metieron por la calle que conduce al *solar del polvorista*. «Me parece que más claro no puede estar. Este amigo mío les vió, repitió que les vió, y está dispuesto á declararlo.»

A renglón seguido se lamenta de que quieran convertir este hecho vulgarísimo en fábula de amores, difamando á una dama ilustre... Y luego enjareta el panegfrico de ella, y crudos anatemas contra la ligereza y ruindad de una parte del público. Es que en esta raza proterva ha existido y existirá siempre el *tic nervioso nacional* de abatir lo que está alto, de manchar la misma limpieza, y de enturbiar lo más claro y puro. Concluye el orador jurando y perjurando que daría cualquier cosa por cambiar de nacionalidad, abandonando la raza proterva y el suelo ingrato, para metamorfosearse en inglés, en alemán ó, si á mano viene, en moro berberisco... Pero no: lo que él quiere ser es inglés. Ahora le da mucho por lo inglés, por lo parlamentario y por el *self-governement*. ¡Eso es país, eso es política y opinión soberana... y juego de las instituciones...!

Basta de Villalonga, y voy con Calderón de la

Barca, del cual creía yo que, por ser amigo íntimo de los Orozco, ó más bien parásito, sostendría las versiones más favorables á sus patronos. Pues no, señor. La intención á eso va; pero no le resulta, y su destornillada cabeza ha compuesto un novelorrio que cree muy lisonjero para sus amigos; pero es tal la necedad de su invención, que ni daño ni favor puede hacerles. Supone á Federico perdidamente enamorado de Augusta, y á ésta rechazándole con desdén. Si le apuran, Calderón es capaz de sostener que *le consta*, por haber oído y visto algo que corrobora semejante afirmación. Pues bien: Federico, loco de amor, frenético, y sin reparar en los medios que emplea para obtener de la dama la cita que con tenacidad le pide, resuelve engañarla, diciéndole que su esposo tiene una querida; Augusta niega y duda; él insiste, y ofrece probarlo. ¿Cómo? Pues en tal sitio se ven los amantes: la esposa ofendida puede sorprenderles y cerciorarse de que se la pegan. Cae mi prima en el lazo, y se deja llevar por el traidor á la casa donde éste le ha ofrecido patentizarle la infidelidad de Orozco. Llegan... Escena. Federico, ebrio de amor, confiesa su pérfido ardid, y cae de rodillas. Augusta le pone de vuelta y media: esto es de cajón. El otro, arrebatado y ciego, le dice: «O eres mía, ó te mato.» Y el muy pillín saca su revólver. La dama prefiere la muerte. Trábase una pequeña lucha, cae el revólver al suelo, se dispara solo, pataplum, y la bala se le mete á Federico por la cintura. *Table...á...u.* Imagínate lo demás. Viéndose herido, reconoce el criminal el *dedo de la Providencia*, porque este dedito fué el que oprimió

el gatillo del arma; y abrumado por los remordimientos, pide perdón á la dama. Esta se lo da, y le encaja su sermoncito, recomendándole que se arrepienta, á lo que él accede, porque ya no tiene más remedio.

«¿Y la herida de la cabeza, la herida mortal de necesidad?—le preguntamos.—¿La herida de la cabeza?»

Ráscase el narrador la suya, pero no acierta á sacar con la uña la continuación de tan burdo argumento. Por fin... la cosa es clara... el pérfido huye... ¿Pero á qué seguir? Ya puedes figurarte el desarrollo de estos adesios de la inventiva ramplona.

No quiero entretenerme más con vueltas alrededor del asunto, y vámonos al centro, al corazón de él. ¡Pensar que este jeroglífico no lo es para una sola persona, y que tal persona, si quisiera, podría disipar con cuatro palabras la confusión de mi mente! ¡Pensar que Augusta sabe la solución, y que yo no puedo leérsela en la cara; que detrás de aquel entrecejo está la representación exacta del hecho, y que yo no puedo verla! Mi curiosidad se ha excitado tanto, que no sé qué daría, amigo Equis: creo que daría años de mi vida porque esa mujer tuviera un momento de franqueza conmigo y me revelara su secreto. Vámonos, que le perdono el mal que hizo, falta, error ó delito, si me cuenta lo que pasó en aquella noche aciaga.

Pues no creas, lo he de intentar; he de emprender con ella una campaña de astucia, de constancia; un asedio en que emplee todas las armas, desde las que infunden miedo á las que inspiran

afecto y confianza. No me muero yo con esta incertidumbre, y ella misma me ha de librar del fiero suplicio. Seis días estuve sin parecer por la casa de Orozco, y al quinto el propio Tomás me envió recado quejándose de mi desvío. Hoy he almorzado con ellos. Ya te contaré lo que hablamos. Tengo prisa, y además estoy en expectativa de una conferencia que espero celebrar con Augusta, quien, á instancia mía, me prometió que hablaríamos un rato á solas. Convinimos en que ella señalará día y hora, y aquí tienes establecida ya una comunicación reservada entre los dos. Te lo contaré todo; pero no me apures, que hay tiempo, y aplazo mis informes con la esperanza de adquirir conocimiento más claro de alguno de los hechos. Hasta otro día.

XXXVIII

19 de Febrero.

No me lo vas á creer; pero te lo diré cien veces si es preciso. El santo está como si ignorara lo que pasa y lo que se dice, y es casi seguro que no lo ignora. Tal serenidad que por nada se altera, ¿es grandeza de alma, ó todo lo contrario? Para afirmar lo primero, sería preciso ver en este hombre un temple de carácter tan superior que rayara en lo sobrenatural. Porque habías de ver su cara, en la cual no notas ni el más ligero sig-

no de disgusto ó contrariedad; habías de oír su acento, siempre firme y reposado. A su mujer la trata con la cariñosa deferencia de siempre, y ella á él con mayores consideraciones, si cabe, que antes. Te lo digo con franqueza: el arcano que en la intimidad de este matrimonio se esconde sin duda, me inquieta ya más que el otro de la muerte de nuestro amigo, y daría no sé qué, años de vida también, única moneda con que se avaloran tales satisfacciones, por poder ocultarme en la alcoba conyugal y oír lo que hablan... ¿Pero qué hablarán, Dios mío? ¿Qué dirán? ¿O es que no dicen nada, y se han puesto de acuerdo para ignorarse y desconocerse el uno al otro?...

Este Orozco, ¿qué clase de hombre es? Explícamelo tú, entusiasta apologista de sus virtudes. Francamente, cuando éstas se me presentan en grado tal de perfección, éntranme ganas de dudar de ellas, ó de tenerlas por papel bien estudiado y aprendido para embaucar al mundo. Imposible que un hombre de carne y hueso conserve tal presencia de ánimo en medio de la atmósfera que se ha formado en torno suyo; y si realmente la conserva, es que no es de hueso y carne como nosotros. No niego que pueda existir en nuestros tiempos la santidad; pero me resisto á admitirla en las altas clases. Existirá en las Ordenes religiosas, ó en los desiertos habitados por una sola persona; pero en el mundo activo, en la sociedad, en el matrimonio, en medio de los chismes, de las envidias, de la soberbia, del lujo... Vamos, Equisillo, que se te quite eso de la cabeza. A tu sagaz olfato no ha llegado nunca el olor de esa santidad... perfumada.